

con toda la caballería—salió fuera de la ciudad. [gar (1)]  
 —¡Bien vengais vos, mi sobrino,—¡bueno sea vuestro lle-  
 gran placer tengo de veros—vivo y sano en verdad!—  
 Grandes fiestas se hacían—que no se pueden contar :  
 allí iban todos los doce - que á la mesa comen pan :  
 todos hubieron placer—de la venida de don Roldan.

(Canc. de Rom. s. a. f. 78.—Canc. de Rom. 1550. f. 77.  
 Silva de 1550, t. II. fol. 177 (2).)

188.

(Reinaldos.—II.)

### Romance de don Reinaldos de Montalvan.

Estábase don Reinaldos—en París, esa ciudad,  
 con su primo Malgesi—que bien sabe adivinar.  
 Estábase preguntando,—él le quería demandar :  
 —Primo mio, primo mio,—primo mio natural,  
 mucho os ruego de mi parte—me lo queráis otorgar,  
 pues que de nigromancia—es vuestro saber y alcanzar,  
 que me digais una cosa—que vos quiero demandar :  
 la mas linda mujer del mundo—¿adónde la podría hallar?  
 —Pláceme, dijo, mi primo,—pláceme de voluntad.—  
 Luego mandó á un espíritu (3)—que le dijese la verdad,

(1) Buena sea vuestra llegada. *Silva*.

(2) Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la *Silva* y en la *Floresta* otro romance que dice : «En Francia la noblecida». Este romance no es más que una imitación del nuestro, hecha con un tanto más de cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, ó que aspiraba á serlo, el cual se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introducción y de diferente asonancia (hasta el verso que dice : «guarda era de una puente», con el asonante en a o), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

(3) «Espíritu.» *Silva*.

se la trajese delante—prestó sin mas detardar.  
 El, como era apremiado,—hizo luego su mandar,  
 que el rey moro Aliarde—tenía una hija de poca edad,  
 que en el mundo no había otra—que fuese con ella igual.  
 Tiene su reino muy lejos,—tiénelo allende la mar,  
 en tierras muy apartadas—que no eran para conquistar.  
 Reinaldos desde esto supo—no quiso mas aguardar;  
 pidió licencia al emperador,—él se la fué luego á dar :  
 no se la diera de grado,—mas contra su voluntad,  
 que se quería ir á los reinos,—que estaban allende el mar,  
 del rey moro Aliarde,—para con su hija hablar.  
 Despidióse del emperador,—de los doce otro que tal.  
 Ya se parte don Reinaldos,—ya se parte, ya se va,  
 ibase para los reinos—que están allende la mar :  
 con él iba un pajecico—que lo solía acompañar.  
 Andando por sus jornadas—al reino fué á llegar;  
 fuérase para la villa—do el rey moro suele estar :  
 hallólo en sus palacios—que se quería armar,  
 porque así lo acostumbraba—por mas se asegurar,  
 y luego que hubo llegado—el rey le fué saludar :  
 —¿De dónde es vuestra venida?—¿O cómo os soledes nom-  
 —Señor, soy un caballero,—de Francia es mi natural : [brar?  
 desterróme el emperador;—de Francia no puedo entrar;  
 por eso vengo á servir—á tu Alteza real.  
 —Pues que venís muy cansado—de tan largo caminar,  
 reposad en mi palacio,—que podréis (1) bien descansar.—  
 Don Reinaldos pidió un laud,—que lo sabía bien tocar,  
 ya comienza de tañer,—muy dulcemente á cantar,  
 que todo (2) hombre que lo oía—parecía celestial.  
 Bien lo oía la infanta,—y holgaba de lo escuchar.  
 Desde lo vió tan gracioso—de gracias muy singular,  
 el amor que nunca cesa—en ella fué aposentar.  
 Tales fuéron sus amores—que no los podía encelar :

(1) «Podeis.» *Silva*.

(2) «Á todo.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

amores de don Reinaldos—no la dejan reposar.  
 También se enamoró él de ella,—¡tanta era su beldad!  
 Enviólo á llamar la infanta—que viniese á le hablar;  
 muy cortés y mesurado—las manos le fué á besar;  
 la infanta era discreta—y no ge las quiso dar;  
 mas ántes sus corazones—eran de una conformidad,  
 que de verse el uno al otro—luego se fuéron á desmayar:  
 desmayaron los corazones,—no desmayó la voluntad.  
 Despues que fuéron recordados—comenzaron de llorar,  
 el uno y el otro decian—palábras de grande amar.  
 —Por tus amores, señora,—vine de allende la mar;  
 por venir á vos servir—dejara mi natural.  
 He dejado yo mis tierras,—al emperador quise dejar,  
 he dejado muchos amigos,—que me solian honrar,  
 he dejado á los doce, que de ellos era principal.—  
 Allí habló la infanta—bien oiréis lo que dirá;  
 —Si por mí os desterrastes,—y quesistes acá llegar,  
 tened confianza en mí—que lo entiendo bien pagar:  
 por eso, amigo mío,—comenzáos de alegrar;  
 mucho os ruego que esta noche—que no querades faltar,  
 que vengais solo en mi cámara—adonde yo suelo estar,  
 porque allí solos entrambos—placer nos podamos dar.  
 —¡Nunca quiera Dios, señora,—ni la santa Trinidad,  
 que yo tocase en la honra—á la corona real,  
 pues me tiene vuestro padre—por caballero leal!—  
 Respondiole la infanta—enojada de le escuchar:  
 —¿Lo que habeis de rogar á mí—os tengo yo á vos (1) de ro  
 Yo vos juro por mi ley,—por la ley de Mahomad, [gar?  
 que si no haceis lo que digo—que luego os mande matar.—  
 Don Reinaldos con esfuerzo—tal respuesta le fué á dar:  
 —Que le costase la vida,—que mas no podia aventurar,  
 y que sin falta vernia—por hacer su voluntad.—  
 Aquella noche siguiente—gran placer se fuéron dar;  
 otro dia de mañana—á su posada se va.

(1) «Á vos» falta en la *Silva*.

No pasaron muchos dias,—pocos fuéron á pasar,  
 que el traidor de Galalon,—aquel traidor desleal,  
 envió cartas á Aliarde,—cartas para le avisar  
 que en su corte tenia—á don Reinaldos (1) de Montalvan,  
 que á otra cosa no habia ido—sino á le deshorrar:  
 que guardase bien su hija,—no se la quisiese fiar,  
 que no fué por otra cosa—sino por amores tomar.  
 El rey que vido las cartas—los suyos mandó llamar,  
 para que tomen á Reinaldos—y lo hayan de aprisionar.  
 Tomólo gran gente de armas—por mas seguro le tomar;  
 echanle en una prision—de muy grande escuridad.  
 Aconsejóse con los suyos,—tomó consejo real,  
 qué debian hacer al triste,—ó qué castigo le pueden (2) dar.  
 Hallaron por sus derechos,—por la razon natural,  
 pues habia sido traidor—á la corona real,  
 que era digno de la muerte—y se la hubiesen de dar.  
 Todos firman la sentencia,—el rey la fué á firmar:  
 la sentencia ya era dada—para habello de degollar.  
 Allí estaba un pajecico—que la infanta fué á criar,  
 va corriendo á la infanta—de priesa y no de vagar.  
 Sola estaba la infanta,—á nadie queria escuchar;  
 entra el paje por la puerta,—comiézale de hablar:  
 —Por amor de vos, señora,—hoy se hace gran crueldad,  
 que aquel caballero extraño—por vos le quieren degollar.—  
 De lo que dijo el pajecico—ella tuvo gran pesar:  
 vase por el palacio—donde el rey solia estar:  
 tal entraba por la puerta—que á todos queria matar.  
 —¿Qué es aquesto, señor padre?—aquesto ¿qué puede estar?  
 ¿Sin saber cierto las cosas,—al cabo las quereis llevar (3)?  
 La sentencia que habeis dado—vos la querais (4) revocar,  
 que si don Reinaldos muere—á mí primero habeis de matar.  
 No sabiendo la verdad—no me querais difamar.

(1) «Á Reinaldos.» *Silva*.

(2) «Puedan.» *Silva*.

(3) «Llegar.» *Canc. de Rom* s. a.

y 1550.

(4) «Quereis.» *Canc. d. Rom.*  
s. a. y 1550.

Las cartas de Galalon,—que él vos fué á enviar,  
son por volveros con él,—para habelle matar,  
por envidia que dél tiene (1),—porque en vuestra corte está (2),  
que en Paris ni en toda Francia—nadie se le puede igualar.  
Por eso os ruego, señor,—la vida le querais dar.  
—Pláceme, dijera el rey,—pláceme de voluntad;  
mas con una condicion:—que en mis reinos no ha de estar.—  
Allí luego la infanta—las manos le fué á besar:  
mándanle quitar los grillos—y de la prision sacar,  
y entónces el buen rey—le mandara desterrar.  
Ya se parte de la corte—con dolor y gran pesar  
per dejar á su señora,—con ella no poder quedar.  
Maldecia su ventura,—no cesaba de llorar;  
á sus jornadas contadas—en Francia fué á llegar:  
y vase luego derecho—á la villa de Montalvan.  
El rey quedaba pensoso,—á su hija queria casar,  
mas no sabia con quién—á su honra la pudiese dar.  
Envió cartas por todo el mundo,—todo el mundo en general,  
que quien quisiere heredar su reino,—y con su hija casar,  
que dentro de treinta dias—viniese á su corte real  
para hacer un torneo—para mas honra ganar,  
y el que mejor lo hiciese—con la infanta haya de casar.  
Don Reinaldos cuando lo supo—mucho se fué á alegrar,  
porque si él allá iba—el campo entiende de ganar.  
Luego pidió su caballo,—las armas otro que tal,  
mucho rogó á su primo,—á su primo don Roldan,  
que se quisiese ir con él—por mayor honra llevar.  
Ya se parte don Reinaldos;—con él iba don Roldan,  
á sus jornadas contadas—al reino de moros llegado han.  
Sabido lo ha Galalon—que á tierra de moros van,  
luego envió un mensajero—para al rey moro avisar,  
que su criado don Reinaldos,—y su primo don Roldan  
eran idos á su reino—para habelle de matar.

(1) «Tiene dél.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550. | *Rom.* s. a. y 1550.—«Por querer con vos estar.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

(2) «Quiere estar.» *Canc. de*

Cuando el rey supo tal nueva—de ello se fué á maravillar:  
envió á hombres de armas—que los fuesen á buscar.  
Allí habló un caballero,—bien oiréis lo que dirá:  
—¡Vergüenza es de tanta gente—á dos solos ir á buscar!  
Dédeme licencia á mí—que yo solo me quiero andar.—  
El rey dijo que (1) le placia—de muy buena voluntad.  
Ya se parte aquel moro,—ya se va á los buscar;  
vase para una posada—adonde él solia posar:  
en entrando por la puerta—con ellos fuera á encontrar:  
conoció á don Reinaldos—que con él solia holgar.  
—Pésame mucho de vosotros,—en mí tengo gran pesar,  
que el rey sabe que estáis aquí—haos mandado matar:  
ruego vos mucho, señores,—que me digais la verdad,  
porque el rey tenia cartas—que Galalon le fué á enviar  
avisándole de cierto—que le queríades matar.—  
Respondiera don Reinaldos:—¡Nunca Dios quiera tal!  
El rey no es mi enemigo,—ni yo lo queria mal;  
mas hemos venido al campo—que el rey mandó (2) pregonar.—  
Mucho se holgó el moro—de tal razon (3) escuchar,  
que viniesen en hora buena—para al campo á pelear.  
Otro dia de mañana—comiézase de aparejar,  
y sálense luego al campo—donde habian de tornear.  
Mataron tantos de moros—que no hay cuento ni par.  
Bien veia la infanta—á Reinaldos y á Roldan (4):  
lloraba de los sus ojos—que no les podía ayudar.  
Envióles un pajecico,—que fuesen á le hablar,  
que se lleguen al castillo—por ver si les podría hablar.  
Ellos rompiendo entre la gente—al castillo llegado han:  
la infanta cuando los vido—de allí se dejó colgar:  
tomándola don Reinaldos—en su caballo la fué á tomar.  
Mataron tantos de moros—que no tienen cuento ni par;

(1) «Dijo el rey.» *Silva.*

(2) «Mandara.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(3) «De tales razones.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(4) «Don Roldan.» *Canc. d. Rom.* s. a. y 1550.

por muchos moros que vinieron—no se la pudieron quitar (1):  
 á sus jornadas contadas—á Paris fuéron llegar.  
 El emperador cuando lo supo—á recibírselos sale,  
 con él salen los doce pares—y toda la corte real.  
 Si hasta allí eran esforzados,—agora lo eran mucho mas.

(Canc. de Rom. s. a. f. 72.—Canc. de Rom. 1550. f. 71.—  
 Silva de 1550. t. II. f. 170 (2).)

189.

(Reinaldos.—III.)

**Romance de la prision y destierro de don  
 Reinaldos y de cómo estando desterrado  
 vino á ser Emperador de Trapisonda.**

Ya que estaba don Reinaldos—fuertemente aprisionado,  
 para haberlo de sacar—á luego ser ahorcado,  
 porque el gran emperador—ansí lo habia mandado,  
 cuando llegó don Roldan—de todas armas armado,  
 en el fuerte Briador—su poderoso caballo,  
 y la fuerte Durlindana—muy bien ceñida á su lado,  
 la lanza como una entena,—el fuerte escudo embrazado,  
 vestido de fuertes armas—y él con ellas encantado.  
 Por la visera del yelmo—fuego venia lanzando;  
 retemblando va la lanza—como un junco muy delgado,

(1) Por mas moros que vinieron  
 no se la pueden quitar.  
 Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

Por mas moros que vinieran  
 no se la pudieron quitar.  
*Silva*, ed. de 1582.

(2) En la *Silva*, ed. de 1582, y en la *Floresta* hay otro romance al mismo asunto, que dice: «Cuando aquel claro lucero», pero ya contrahecho de este por un poeta artistico, como se echa de ver por el mismo título que lleva en un pliego suelto del siglo XVI, donde dice: «(Romance) hecho por un gentilhombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá».

y á toda la hueste junta—fieramente amenazando:  
 —¡Nadie toque en don Renaldos—si quiere ser bien librado!  
 ¡quien otra cosa hiciere—él será tan bien pagado,  
 que todo el resto del mundo—no le escape de su mano,  
 sin quedar hecho pedazos,—ó muy bien escarmentado!  
 Serenos estaban todos—hasta ver en qué ha parado;  
 nadie no se removía—contra tan buen abogado.  
 Allí el fuerte don Roldan—junto á Cárlos se ha llegado  
 diciendo de esta manera,—de encima de su caballo:  
 —No es cosa de emperador—lo que tienes ordenado;  
 el caballero que se viene—de su voluntad y grado;  
 ¿cómo es esto, señor,—que ansí ha de ser tratado?  
 Endemas la flor del mundo,—como claro está probado,  
 siendo de tu propia sangre,—tan cercano emparentado,  
 manso como un corderico—ante tí se ha presentado,  
 sabiendo tu Majestad,—que nadie hubiera bastado,  
 ni el mundo todo junto—á prendello ni á matallo,  
 y mas agora, señor,—que estaba tan prosperado,  
 pudiera correr tus tierras—y mas conquistar tu Estado,  
 como otras veces solia—tenerte en Paris cercado,  
 y tú ni nadie por ti—le osaba salir al campo.  
 ¿Quieres tú quitar la vida—á quien á ti te la ha dado?  
 No una vez sino ciento—de peligros te ha sacado,  
 poniéndose á la muerte—por acrecentar tu Estado.  
 ¿Y este pago le tenias,—di, señor, aparejado?  
 ¡Si á todos pagas así,—tú serás harto afamado!  
 ¡De excelente pagador—rica fama habrás ganado!—  
 Respondió el emperador—como mal aconsejado:  
 —¡Oh cómo hablas, sobrino,—con rostro tan enojado!  
 ¿no sabeis que este traidor—muchas veces ha robado?  
 por caminos y carreras—las gentes ha despojado,  
 y muchos piden justicia—de los que él ha salteado,  
 y si agora lo soltamos,—volverá á lo regostado.—  
 Allí dijo don Roldan:—Eso tú lo has causado;  
 díerlasle tú en que viviera—de cuanto te ha acrescentado.  
 ¿Y por qué razon, señor,—jamás te has acordado?

que á otros menores que él,—y que ménos te han honrado  
muy muchas villas y tierras—de tu mano les has dado,  
y aqueste que es el mejor—siempre fué de ti olvidado.  
¿De qué habia de vivir—andando de continuo armado?  
Con sus vigorosos brazos—muchas veces ha librado  
la cristiandad de peligro—del cruel pueblo pagano.  
Bien sabeis que ya los moros—todos dél están temblando,  
y que por su miedo dél—contigo se han concertado.  
Por estar seguros dél—las parias te han enviado,  
y agora si ellos tuviesen—el seguro de su mano,  
yo sé bien que no tardasen—en haberse levantado,  
por donde la cristiandad—harto mal habria ganado.  
Digo que no es de perder—en tus reinos tal vasallo;  
tristes serán los cristianos—por tal brazo que han cobrado:  
si lo perdiesen agora—no volverán á cobrallo,  
porque ya no vuelven todos—por su vida, honra y estado,  
que hoy todo junto lo pierde,—si de Dios no es remediado  
¡Oh caballeros de Francia!—decí, ¿habeis olvidado  
de cuántas graves afrentas—Renaldos vos ha sacado?  
¿Por qué agora consentis—ante vos ser tal tratado  
vuestro fuerte capitan,—de todos primo y hermano?  
No consienta nadie, no,—tan gran tuerto ser pasado,  
que juro por Sant Dionis,—y al Eterno soberano,  
que en lo tal yo no consienta,—ni tal será ejecutado,  
ó todo el mundo se guarde—de mi espada y de mi mano;  
que si tal se ejecutare—será de mí tan bien vengado,  
que toda Francia lo llore—por no habello remediado,  
y tírense todos afuera,—no sea nadie tan osado  
de querer luego estrenar—lo que yo tengo jurado.  
¡Sus de presto, Maganceses!—¡afuera, afuera, priado!  
No me pare mas ninguno,—buscá veredas temprano.—  
Viérades á Galalon—con su Maganza ciscado,  
y tanto, que él no quisiera—ser allí entónces hallado.  
Y tornando luego á Cárlos,—prosiguiendo en su hablado,  
dijo:—¿Qué quieres, señor,—que persigues á Renaldos?  
Di, ¿no sabes tú, señor,—y está muy claro probado,

que lo mas que él tenia—haberlo á moros ganado?  
Debríate ya bastar—que á perder lo has echado  
destruyéndole una villa—sola, que Dios le habia dado.  
Si la cabeza do sale—todo aquesto en que has andado  
ella fuese ya cortada—quedaria sosegado  
todo el tu gran imperio—que no te cantase gallo.—  
Respondió el emperador—algun tanto ya amansado:  
¡Oh mi querido sobrino,—no te tornes tan airado,  
ni pase mas adelante—lo que llevas comenzado!  
Hágase como quisieres—y sea luego soltado;  
mas con esta condición:—que lo doy por desterrado  
con gran pleitomenage,—que ante mí haya jurado,  
que solo y sin compañía—á Jerusalem, descalzo  
en hábito de romero—sea luego encaminado,  
y que mas aquí no pare—del tercero día pasado,  
y jamas no torne en Francia—sin mi licencia y mandado;  
y que su mujer é hijos—acá se hayan quedado,  
y sus hermanos tambien,—todos á muy buen recaudo,  
porque si él algo hiciere—en ellos seré yo vengado.—  
Lo cual así se cumplió,—segun de suso contado,  
que luego al tercero día—Reinaldos se ha aparejado  
de esclavina y de bordon,—y una maleta á su lado,  
para echar las limosnas—que por Dios le hubiesen dado.  
Vistió una gruesa camisa,—como penitente armado,  
llorando de los sus ojos—con corazon traspasado.  
Despidiéndose á la corte—de cuantos le han amado,  
y á todos los doce pares—mucho les ha encomendado  
la su mujer é hijitos—que por ellos hayan mirado,  
y tambien por sus hermanos—que en prision les ha dejado,  
diciendo que por ventura—jamas seria tornado;  
mas quizá en algun tiempo—les seria bien pagado  
á todos los que miraren—por las prendas que ha dejado.  
Sus lágrimas eran tantas—que á todos han convidado  
á quebrar sus corazones—de le ver tan lastimado.  
Ya se va el nuevo romero—del todo desconsolado:  
de toda la cristiandad—iba ya desamparado,

aunque él por muchas veces—la habia bien abrigado,  
defendiéndola de moros—con corazon esforzado.  
Capitan de los cristianos—por el mundo era llamado;  
tal fuerza contra paganos—por jamas se ha hallado.  
Mas al cabo de tres dias—que así desnudo y descalzo  
caminaba con paciencia—con su bordon en la mano,  
y con espesos gemidos—y suspiros que iba dando,  
don Roldan fué en pos de él—en su lijero caballo,  
y alcanzólo á una montaña—saliendo por un atajo.  
Desde lo vido Renaldos—á mal lo hubo tomado;  
mas el leal don Roldan—otro llevaba pensado,  
pues le dijo luego así—al momento y en llegando:  
—¡Oh flor de caballeria!—¿dónde vas tan desmayado?  
¿qué es de tus caballerías?—¿dónde las has ya dejado?  
¿qué es de las tus fuertes armas?—¿qué es de tu fuerte caba-  
Ves aquí tu buena espada,—cata aquí do te la traigo; [llo?  
torna, torna, señor primo,—que yo haré ser alzado  
el destierro, que te fué—tan á tuerto sentenciado;  
y no me tengan por Roldan—si no fuere así acabado,  
que yo sacaré del mundo—á quien quisiere estorballo,  
porque tan buen caballero—no sea en Francia faltado:  
que mas vales tú que todos—cuantos allá han quedado.—  
Mas por mas que le rogó—nada le fué otorgado,  
ni jamas volvió con él—á lo que le era rogado,  
por no dejar su camino—á cumplir lo que ha jurado;  
que entre buenos caballeros,—así es acostumbrado,  
de perder ántes la vida—que no hacer quebrantado  
el homenaje que hacen—dónde les es demandado.  
Mas tomó su rica espada—que Roldan le habia llevado,  
para la llevar secreta—debajo su pobre hato,  
por si algo le viniere—que tenga de que echar mano;  
y así se despiden los dos—harto gimiendo y llorando,  
que peor les fué el partir,—que no morir peleando.  
Mas aquel noble guerrero—mucho se va encomendando  
al muy alto Jesucristo,—por el cual él fué guiado  
á las tierras del gran Can,—do fué muy maravillado

por tan alto caballero—cómo ante él era llegado  
tan descalzo y tan desnudo,—tan hambriento y fatigado.  
Mas como quiera que fuesen—en el tiempo ya pasado  
ambos hermanos en armas,—gran fiesta le ha ordenado,  
y despues que le contó—todo su hecho pasado,  
el gran Can le respondió:—¡Oh mi buen señor y hermano!  
pídeme lo que quisieres—para volver contra Carlo.  
Ves aquí do tengo junto—nuestro gran poder pagano,  
que no hay cosa que no hagan—por mi servicio y mandado:  
irán conmigo y contigo—á hacerte bien vengado,  
y segun, señor, tú eres—en armas tan estimado,  
con este tan gran poder—que de acá hayas llevado,  
muy de presto podrás ser—en cristianos coronado,  
á pesar de quien pesare—sin poder ser estorbado,  
que mas pertenece á ti—que no aquel falso de Cárlos,  
pues tan mal ha conocido—cuanto le has administrado.  
—No lo mande Dios del cielo,—le responde don Renaldos,  
que yo quiebre el homenaje,—que en Francia hube jurado,  
que yo ni otro por mí—no vuelva contra cristianos.—  
Vista ya su voluntad—el gran Can, fué acordado  
por complacer á Renaldos—y subirlo en alto estado,  
que seria bueno ir—con treinta mil de caballo  
sobre aquel emperador—de Trapisonda nombrado,  
que muy mucho mal hacia—á todos sus comarcanos,  
usurpándoles las tierras—por fuerza, que no de grado.  
Renaldos que tal oyó—presto fué aparejado,  
no de esclavina y bordon,—ni ménos maleta al lado,  
mas de buen caballo y armas,—en lo que era acostumbrado.  
Tomando los treinta mil—tales mañas se ha dado,  
como aquel que en ellas era—maestro bien afamado.  
Halló al emperador—que tenia puesto campo  
sobre una gran ciudad,—cient mil y mas de caballos:  
pegó con ellos de noche—al mejor sueño tomando:  
recordólos de tal suerte—que pocos han escapado;  
porque el triste campo estaba—durmiendo, tan descuidado,  
que cuando el alba rompió—los mas se han abajado

con su señor al infierno,—que los estaba esperando, salvo aquellos que se dieron—á merced de don Renaldos, por do luego presto fué—emperador coronado, sojuzgando muchos reyes—y señores de alto grado, de lo cual luego escribió—á su enemigo Carlo-Magno. Con riquísimos presentes—mensajes le ha despachado pidiéndole de merced,—que allá le haya enviado alguna gente cristiana,—que no hay mas de un cristiano, que es el mesmo don Renaldos,—el valiente y esforzado, y noble en toda virtud,—hermoso y muy agraciado. Mas tal odio le tenia—el ya dicho Carlo-Magno, que en lugar de socorrer—á la hora ha pregonado que no vaya nadie allá,—so pena de su mandado, ni tampoco le enviassen—la mujer, hijos y hermanos. Mas Roma y Costantinopla—le enviaron tal recáudo, que sin ir nadie de Francia—cristianos le han sobrado.

(*Canc. de Rom. s. a. f. 115.*—*Canc. de Rom. 1550. f. 114.*)

## 190.

## ROMANCES DEL CONDE CLAROS.

**Romance del conde Claros de Montalvan.—I.**

Media doche era por filo,—los gallos querian cantar, conde Claros con amores—no podia reposar : dando (1) muy grandes suspiros—que el amor le hacia dar, por (2) amor de Claraniña—no le deja (3) sosegar.

(1) «Tirando.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom.* | *Canc. de Rom.*—«Que amores.» *Floresta.*

(2) «Porque.» Las ed. posts. del | (3) «Dejan.» *Floresta.*

Quando vino la mañana—que queria alborear, salto diera de la cama—que parece un gavilan. Voces da por el palacio,—y empezara de llamar : —Levantá (1), mi camarero,—dáme (2) vestir y calzar.— Presto estaba el camarero—para habérselo de dar : diérale calzas de grana,—borceguís de cordoban; diérale jubon de seda—aforrado en zarzahan (3); diérale un manto rico—que no se puede apreciar; trescientas piedras preciosas—al derredor del collar; tráele un rico caballo—que en la corte no hay su par, que la silla con el freno—bien valia una ciudad, con trescientos cascabeles—al rededor del petral; los ciento eran de oro,—y los ciento de metal, y los ciento son de plata—por los sonos concordar; y vase para el palacio—para el palacio real. Á la infanta Claraniña—allí la fuera hallar, trescientas damas con ella—que la van acompañar. Tan linda va Claraniña,—que á todos hace penar. Conde Claros que la vido—luego va descabalgar; las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar : —Mantenga Dios á tu Alteza.—Conde Claros, bien vengais.— Las palabras que prosigue—eran para enamorar : —Conde Claros, conde Claros,—el señor de Montalvan, ¡cómo habeis hermoso cuerpo—para con moros lidiar!— Respondiera el conde Claros,—tal respuesta le fué á dar : —Mi cuerpo (4) tengo, señora,—para con damas holgar : si yó os tuviese esta noche,—señora á mi mandar, otro dia en la mañana (5)—con cient moros pelear (6), si á todos no los venciese—que me mandase (7) matar.

(1) «Levantáos.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom. Floresta.*

(2) «Dadme.» Las ed. post. del *Canc. de Rom. Floresta.*

(3) «Gorgoran.» *Floresta.*

(4) «Mejor lo.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

(5) «Querria la otra mañana.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*—

«Y otro dia de mañana.» *Floresta.*

(6) «¿Diria «peleare?»

(7) «Mandasen.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*—«Mandásedesme.» *Floresta.*